

A mover el Bicentenario

Juan J. Paz y Miño Cepeda

Los actos y programas conmemorativos del Bicentenario de la Revolución del 10 de Agosto de 1809, vienen desde el año pasado. En el presente habrá muchos más. Ellos provienen de las iniciativas de distintas instituciones. Contamos con un Comité especial. Pero aún así, el Bicentenario parece que todavía no “despega”. No se trata solo de un problema comunicacional. Existen aislamientos y celos interinstitucionales. Desde luego, reacciones políticas y regionalismos. Persisten ideas falsas.

Se dice que la Revolución de 1809 fue elitista, de los “marqueses”. No se entiende que a la época es imposible pensar en una revolución popular como las del proletariado y las masas en el siglo XIX y más en el XX. Pero si bien la elite criolla quiteña asumió la conducción política, hubo amplios apoyos populares. Lo demuestran diversas investigaciones históricas. Y debe comprenderse que esa elite, aún con marqueses, jugó un papel histórico decisivo: iniciar el proceso de la independencia, o sea, una lucha anticolonial, por el establecimiento de una nación libre.

Se dice que fue una Revolución “monárquica”, pues la Junta Soberana proclamó fidelidad al Rey y el Acta no contiene la palabra “independencia”. Se manipulan así los datos, sin ver el conjunto. Porque también fueron “fidelistas” las Juntas de Caracas, Bogotá, Buenos Aires y Santiago de Chile. Las autoridades de aquella misma época no se engañaron con el “fidelismo” y en Quito reprimieron a los patriotas incluso con la masacre del 2 de agosto de 1810. Las Juntas Hispanoamericanas demostraron que la Revolución de Quito formaba parte del movimiento continental por la Independencia, la soberanía y la identidad nacional.

Se dice que no fue una revolución “exitosa”. Es fácil decir que fueron exitosas las revoluciones de Guayaquil o de Cuenca en 1820, es decir, una década más tarde, cuando prácticamente Sudamérica estaba liberándose y esas dos ciudades podían contar con el apoyo de Bolívar o de San Martín, casi en la fase final de las guerras libertarias. Pero el “éxito” en historia no solo se mide por el resultado inmediato. La Revolución de Quito fue exitosa en dar la luz sobre un gobierno criollo propio, un Estado nuevo, la primera Constitución (1812), el sentido de la soberanía y la representación de los pueblos.

El Bicentenario no es, en consecuencia, un recuento de programas, artistas, cantantes o espectáculos que pueda ofrecerse. Son más importantes los conceptos que cabe movilizar. El Bicentenario debiera ser el gran motivo nacional para ahondar el sentido de identidad, inculcar en el sistema educativo la soberanía y amor por la patria, restituir la historia como el elemento clave de la construcción de nuestro pasado y nuestro futuro, sembrar en cada alma ecuatoriana el respeto por la libertad y el valor del latinoamericanismo. Un esfuerzo que reclama de los políticos retomar con seriedad el espíritu hacia una “segunda independencia”, que podría ser el concepto movilizador del presente, para completar, con auténtica revolución ciudadana, la obra nacida en 1809.